

# El comunismo anarquista

## *Piotr Kropotkin*

### I

Toda sociedad que rompa con la propiedad privada se verá forzada, según creemos, a organizarse de acuerdo con el comunismo anárquico. La anarquía conduce al comunismo, y el comunismo a la anarquía, y una y otro no son más que la tendencia predominante en las sociedades modernas, la búsqueda de la igualdad.

Hubo un tiempo en que una familia de campesinos podía considerar el trigo que cultivaba y las vestimentas de lana tejidas en casa como productos de su propio trabajo. Aun entonces, esta creencia no era del todo correcta. Había caminos y puentes hechos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y pastos comunes cercados por setos que todos costeaban. Una mejora en las formas de tejer o en el modo de teñir los tejidos aprovechaba a todos; en aquella época, una familia campesina tampoco podía vivir sino a condición de encontrar apoyo en la ciudad, en el municipio.

Pero hoy, con el actual estado de la industria, en que todo se entrelaza y se sostiene, en que cada rama de la producción se vale de todas las demás, es absolutamente insostenible la pretensión de dar un origen individualista a los productos. Si las industrias textiles o las metalúrgicas han alcanzado tamaña perfección en los países civilizados, lo deben al simultáneo desarrollo de otras mil industrias, grandes y pequeñas; lo deben a la extensión de la red de ferrocarriles, a la navegación trasatlántica, a la destreza de millones de trabajadores, a cierto grado de cultura general de toda la clase obrera; en fin, a trabajos realizados de un extremo a otro del mundo.

Los italianos que morían de cólera cavando el canal de Suez, o de silicosis en el

túnel de San Gotardo, y los americanos muertos por las granadas en la guerra por la abolición de la esclavitud han contribuido al desarrollo de la industria algodonera en Francia e Inglaterra, tanto como las jóvenes que se extenuan en las fábricas de Manchester o de Ruán o el ingeniero que por, sugerencia de algún trabajador, ha realizado alguna mejora en un telar.

¿Como estimar la parte correspondiente a cada uno de las riquezas que entre todos hemos contribuido a acumular?

Situándonos en este punto de vista general, sintético, de la producción, no podemos admitir, con los colectivistas, que pueda ser un ideal, ni siquiera un paso adelante hacia ese ideal, una remuneración proporcional a las horas de trabajo aportadas por cada uno en la producción de las riquezas. Sin discutir aquí si realmente el valor de cambio de las mercancías se mide en la sociedad actual por la cantidad de trabajo necesario para producirlas (según lo han afirmado Smith y Ricardo, cuya tradición ha seguido Marx), nos basta decir que el ideal colectivista nos parece irrealizable en una sociedad que considerara los instrumentos de producción como un patrimonio común. Basada en este principio, se vería obligada a abandonar en el acto cualquier forma de salario.

Estamos convencidos de que el individualismo mitigado del sistema colectivista no podría existir junto con el comunismo parcial de la posesión colectiva del suelo y de los instrumentos del trabajo. Una nueva forma de posesión requiere una nueva forma de retribución. Una nueva forma de producción no podría mantener antiguas formas de consumo, como tampoco podría

amoldarse a formas antiguas de organización política.

El salariado ha nacido de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por parte de algunos. Era la condición necesaria para el desarrollo de la producción capitalista; morirá con ella, aunque se trate de disfrazarla bajo la forma de “bonos de trabajo”. La posesión común de los instrumentos de trabajo traerá consigo necesariamente el disfrute en común de los frutos de la labor común.

Sostenemos, no sólo que es deseable el comunismo, sino que hasta las actuales sociedades, fundadas en el individualismo, se ven obligadas de continuo a caminar hacia él.

El desarrollo del individualismo, durante los tres últimos siglos, se explica, sobre todo, por los esfuerzos del hombre que quiso prevenirse contra los poderes del capital y del Estado. Creyó por un momento —y así lo han predicado los que formulaban su pensamiento por él— que podía libertarse por completo del Estado y de la sociedad. “Mediante el dinero —se decía— puedo comprar todo lo que necesito.” Pero el individuo ha tomado un camino equivocado, y la historia moderna lo conduce a reconocer que, sin el concurso de todos, no puede nada, aun teniendo su caja fuerte llena de oro.

En efecto, junto con esa corriente individualista vemos en toda la historia moderna, por una parte, la tendencia a conservar todo lo que resta del comunismo parcial de la antigüedad, y por otra a restablecer el principio comunista en las mil y una manifestaciones de la vida.

En cuanto los municipios de los siglos X, XII y XII consiguieron emanciparse del señor laico o religioso, dieron inmediatamente gran extensión al trabajo en común, al consumo en común.

La ciudad, no los particulares, era la que fletaba buques y despachaba caravanas para el comercio lejano, los beneficios así obtenidos eran para todos y no para determinados individuos; de esta manera tam-

bién se compraban las provisiones para sus habitantes. Las huellas de esas instituciones se han mantenido hasta el siglo XIX, y los pueblos conservan religiosamente el recuerdo de ellas en sus leyendas.

Todo eso ha desaparecido. Pero el municipio rural aún lucha por mantener los últimos vestigios de ese comunismo, y lo consigue mientras el Estado no introduce su abrumadora espada en la balanza.

Al mismo tiempo surgen, bajo mil diversos aspectos, nuevas organizaciones basadas en el mismo principio de a cada uno según sus necesidades, porque sin cierta dosis de comunismo no podrían subsistir las sociedades actuales.

A pesar del sesgo estrechamente egoísta que la producción mercantil da a los espíritus, la tendencia comunista se revela a cada instante y penetra en nuestras relaciones bajo todas las formas.

El puente, por cuyo paso pagaban en otro tiempo los transeúntes, se ha hecho de uso común. El camino, que antiguamente se pagaba a tanto el kilómetro, ya no existe más que en Oriente. Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuitas, las comidas comunes para los niños, los parques y los jardines abiertos para todos, las calles empedradas y alumbradas, libres para todo el mundo; el agua enviada a domicilio y con tendencia general a no tener en cuenta la cantidad consumida, he aquí otras tantas instituciones fundadas en el principio de “Toma lo que necesites”.

Los tranvías y ferrocarriles introducen ya el billete de abono mensual o anual, sin tener en cuenta el número de viajes, y recientemente toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles el billete por zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. Tras de esto no falta mucho para el precio uniforme, como ocurre en el servicio postal. En todas estas innovaciones, y otras mil, existe la tendencia a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil kilómetros, y otro solamente quinientos. Ésas son necesidades personales, y no hay razón

alguna para hacer pagar a uno el doble que al otro sólo porque sea dos veces más intensa su necesidad.

Éstos son los fenómenos que se observan aún en nuestras sociedades individualistas.

Existe también la tendencia, por más débil que ésta sea aún, a poner las necesidades del individuo por encima de la evaluación de los servicios que haya prestado o que preste algún día a la sociedad. Se ha llegado a considerar a la sociedad como un todo en donde cada una de las partes está tan íntimamente ligada con las demás que el servicio prestado a tal o cual individuo es un servicio prestado a todos.

Cuando se concurre a una biblioteca pública –no a la Biblioteca Nacional de París, por ejemplo, pero, digamos, a la de Londres o a la de Berlín–, el bibliotecario no pregunta qué servicio se ha prestado a la sociedad para facilitar el o los cincuenta libros pedidos, y, si es necesario, ayuda a buscarlos en el catálogo. Mediante un derecho de entrada único –y muy frecuentemente lo que se prefiere es una contribución en forma de trabajo–, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas, laboratorios, y da fiestas anuales a cada uno de sus miembros, ya sea uno un Darwin o un simple aficionado.

En San Petersburgo, si alguien trabaja en una invención, puede concurrir a un taller especial, donde hay espacio, un banco de carpintero, un torno de mecánico, todas las herramientas y todos los instrumentos de precisión necesarios, allí se lo dejará trabajar todo el tiempo que necesite. Ahí están las herramientas; si prefiere no trabajar solo, puede interesar a algunos amigos en la idea o asociarse con personas de diversos oficios; llegar a inventar un avión o no inventar nada es asunto de cada uno. Una idea lo entusiasma y es suficiente con esto.

Los marinos de un bote de salvamento no preguntan sus títulos a los marineros de un buque naufragado; lanzan su embarcación, arriesgan su vida entre las olas, y algunas veces mueren por salvar a unos hombres a quienes no conocen siquiera. ¿Y

para qué necesitan conocerlos? “Les hacen falta nuestros servicios, son seres humanos: eso basta, su derecho queda asentado. ¡Salvémoslos!”.

Ésta es la tendencia, eminentemente comunista, que aparece en todas partes, bajo todas las formas posibles, en el mismo seno de nuestras sociedades que predicán el individualismo.

Que mañana una de nuestras grandes ciudades, tan egoístas en tiempos corrientes, sea visitada por una calamidad cualquiera –por ejemplo, un sitio–, y esa misma ciudad decidirá que las primeras necesidades que han de ser satisfechas son las de los niños y los viejos, sin informarse de los servicios que hayan prestado o presten a la sociedad; es preciso mantenerlos, cuidar a los combatientes, independientemente de la valentía o de la inteligencia demostradas por cada uno de ellos; hombres y mujeres a millares rivalizarán en abnegación por cuidar a los heridos.

Existe la tendencia. Se acentúa en cuanto quedan satisfechas las más imperiosas necesidades de cada uno, a medida que aumenta la fuerza productiva de la humanidad; se acentúan aún más cada vez que una gran idea ocupa el puesto de las mezquinas preocupaciones de nuestra vida cotidiana.

¿Cómo dudar entonces que el día en que se entreguen los instrumentos de producción a todos, en que las tareas sean comunes y el trabajo –recobrando su sitio de honor en la sociedad– produzca mucho más que lo necesario para todos, ¿cómo dudar de que esta tendencia (ya pujante) ensanchará su esfera de acción hasta llegar a ser el principio mismo de la vida social?

Por estos indicios y reflexionando además en el aspecto práctico de la expropiación del que hablaremos en los siguientes capítulos, opinamos que, cuando la revolución haya quebrantado la fuerza que mantiene el sistema actual, nuestra primera obligación será realizar inmediatamente el comunismo.

Pero nuestro comunismo no es el de los falansterianos ni el de los teóricos autorita-

rios alemanes, sino el comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno, el de los hombres libres. Ésta es la síntesis de los

dos fines perseguidos por la humanidad a través de los siglos: la libertad económica y la libertad política.

## II

Tomando la anarquía como ideal de la organización política, no hacemos más que formular también otra pronunciada tendencia de la humanidad. Cada vez que lo permitía el curso del desarrollo de las sociedades europeas, éstas sacudían el yugo de la autoridad y esbozaban un sistema basado en los principios de la libertad individual. Y vemos en la historia que los períodos durante los cuales fueron derribados los gobiernos a consecuencia de revueltas parciales o generales, han sido épocas de repentino progreso en el terreno económico e intelectual. Ya sea la independencia de los municipios, cuyos monumentos —fruto del trabajo libre de asociaciones libres— no han sido superados desde entonces; ya sea el levantamiento de los campesinos, que hizo la Reforma y puso en peligro el Papado; ya sea la sociedad —libre en los primeros tiempos— fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron de la vieja Europa.

Y si observamos el desarrollo presente de las naciones civilizadas, vemos un movimiento cada vez más acentuado en pro de limitar la esfera de acción del gobierno y dejar cada vez mayor libertad al individuo. Ésta es la evolución actual, aunque dificultada por el fárrago institucional y los prejuicios heredados del pasado. Lo mismo que toda evolución, no espera más que la revolución para barrer las viejas ruinas que le sirven de obstáculo y tomar libre vuelo en la sociedad renovada.

Después de haber intentado largo tiempo resolver el problema insoluble de inventar un gobierno que “pueda constreñir al individuo a la obediencia, sin al mismo tiempo dejar de obedecer él mismo a la sociedad”, la humanidad intenta libertarse de toda especie de gobierno y satisfacer sus necesidades de organización, mediante el libre

acuerdo entre individuos y grupos que persegan los mismos fines. La independencia de cada mínima unidad territorial es ya una necesidad apremiante; el común acuerdo reemplaza a la ley, y pasando por encima de las fronteras, regula los intereses particulares con la mira puesta en un fin general.

Todo lo que en otro tiempo se tuvo como función del gobierno se le disputa hoy, acomodándose más fácilmente y mejor sin su intervención. Estudiando los progresos hechos en este sentido, nos vemos llevados a afirmar que la humanidad tiende a reducir a cero la acción de los gobiernos, esto es, a abolir el Estado, esa personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio.

Ya podemos entrever un mundo en el cual el individuo, al dejar de estar atado por leyes, no tendrá más que hábitos sociales, como resultado de la necesidad experimentada por cada uno de nosotros de buscar el apoyo, la cooperación, la simpatía de nuestros vecinos.

Ciertamente que la idea de una sociedad sin Estado provocará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una sociedad sin capital privado. Todos hemos sido amamantados con prejuicios acerca de las funciones providenciales del Estado. Toda nuestra educación, desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el código de Bizancio —que se estudia con el nombre de derecho romano— y las diversas ciencias profesadas en las universidades, nos acostumbran a creer en el gobierno y en las virtudes del Estado providencial.

Para mantener este prejuicio se han inventado y enseñado sistemas filosóficos. Las teorías sobre las leyes son redactadas con el mismo objetivo. Toda la política se

funda en ese principio, y cada político, cualquiera que sea su matiz, dice siempre al pueblo: “¡Dame el poder; quiero y puedo librarte de las miserias que pesan sobre ti!”.

Desde la cuna a la tumba todas nuestras acciones son dirigidas por este principio. Al abrir cualquier libro de sociología, de jurisprudencia, se encuentra siempre al gobierno, con su organización y sus actos, ocupando un lugar tan importante que nos acostumbramos a creer que por fuera del gobierno y de los hombres de Estado no hay nada.

La prensa repite la misma lección en todos los tonos. Columnas enteras se consagran a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos; apenas si se advierte la inmensa vida cotidiana de una nación en algunas líneas que tratan de un asunto económico, a propósito de una ley, o en la sección de noticias o en la de sucesos del día. Y cuando se leen esos periódicos, en lo que menos se piensa es en el inmenso número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, conocen los dolores, piensan y crean, más allá de esos personajes molestos, a quienes se glorifica hasta el punto de que sus sombras, agrandadas por nuestra ignorancia, cubren y ocultan la humanidad.

Y sin embargo, en cuanto se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se echa una ojeada a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que en ella representa el gobierno. Balzac ha hecho notar cuántos millones de campesinos permanecen durante toda su vida sin conocer nada del Estado, con excepción de los impuestos que están obligados a pagarle. Diariamente se hacen millones de transacciones sin que intervenga el gobierno, y las más grandes de ellas —las del comercio y la bolsa— se hacen de modo que ni siquiera se podría invocar al gobierno si una de las partes contratantes tuviese la intención de no cumplir sus compromisos. Si se habla con alguien conocedor del comercio, dirá que los intercambios realizados todos los días entre comerciantes serían imposibles si no tuvieran

como base la confianza mutua.

La costumbre de cumplir con la palabra empeñada, el deseo de no perder el crédito, bastan ampliamente para sostener esa honradez comercial. El mismo que sin el menor remordimiento envenena a sus parroquianos con infectas drogas cubiertas de etiquetas pomposas, tiene el pundonor de cumplir sus compromisos. Pues bien; si esa moralidad relativa ha podido desarrollarse, hasta en las condiciones actuales, cuando el enriquecimiento es el único móvil y el único objetivo, ¿podemos dudar que no progrese rápidamente cuando ya no sea la base fundamental de la sociedad la apropiación de los frutos de la labor ajena?

Otro rasgo sorprendente, que caracteriza sobre todo a nuestra generación, habla aún más en favor de nuestras ideas. Es el crecimiento continuo de los emprendimientos debidos a la iniciativa privada y el prodigioso desarrollo de todo género de agrupaciones libres. Nos extenderemos sobre esto en el capítulo dedicado a la libre asociación. Basta decir aquí que estos hechos son innumerables, y tan habituales, que forman la esencia de la segunda mitad de este siglo, aun cuando los que escriben sobre socialismo y política los ignoran, prefiriendo hablarnos siempre de las funciones del gobierno. Estas organizaciones libres, variadas hasta lo infinito, son productos naturales, que crecen rápidamente y se agrupan con facilidad; ellas son el resultado necesario del continuo crecimiento de las necesidades del hombre civilizado y reemplazan con tantas ventajas a la injerencia gubernamental, que debemos reconocer en ellas un factor cada vez más importante en la vida de las comunidades.

Si no se extienden aún al conjunto de las manifestaciones de la vida es porque hallan un obstáculo insuperable en la miseria del trabajador, en las castas de la sociedad actual, en la apropiación privada del capital colectivo, en el Estado. Abolidos esos obstáculos, las veremos cubrir el inmenso dominio de la actividad de los hombres civilizados.

La historia de los últimos cincuenta años es una prueba viviente de la impotencia del gobierno representativo para desempeñar las funciones con las que se le ha querido revestir.

Algún día se citará al siglo XIX como la época en la que abortó el parlamentarismo.

Esta impotencia es tan evidente para todos, son tan palpables las faltas del parlamentarismo y los vicios fundamentales del principio representativo, que los pocos pensadores que han hecho la crítica de este sistema (John Stuart Mill, Leverdaiys) no han tenido más que traducir el descontento popular. En efecto, ¿no se entiende que es absurdo elegir a algunos hombres y decirles: “Aunque ninguno de ustedes las conozcan, hágannos leyes para todas las circunstancias de nuestra vida”? Se empieza a entender que gobierno de las mayorías quiere decir abandono de todos los asuntos del país a los que constituyen las mayorías, es decir, a los “sapos del pantano”, en la Cámara de Diputados y en los comicios: en una palabra, a los que no tienen opinión: la humanidad busca y ya encuentra nuevas salidas.

La unión postal internacional, las uniones de ferrocarriles, las sociedades científicas, dan el ejemplo de soluciones halladas por el libre acuerdo, en vez de por la ley.

Hoy, cuando grupos diseminados por el mundo quieren llegar a organizarse para un fin cualquiera, no nombran un parla-

mento internacional de diputados que se encarguen de todo y a quienes se les dice: “Voten leyes, que nosotros las obedeceremos”. Cuando estos grupos no pueden entenderse directamente o por correspondencia, envían delegados que conocen la cuestión especial que va a tratarse, diciéndoles: “Hay que ponerse de acuerdo acerca de tal asunto, cuando lo hagan no vuelvan con una ley en el bolsillo, sino con una propuesta, que podremos aceptar o no”.

Así es como obran las grandes sociedades industriales y científicas, las numerosas asociaciones de todas clases, que existen en Europa y en los Estados Unidos. Y así deberá obrar la sociedad liberada. Para realizar la expropiación, le será absolutamente imposible organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad fundada en la servidumbre podía conformarse con la monarquía absoluta; una sociedad basada en el salario y en la explotación de las masas por los detentadores del capital, se adecua al parlamentarismo. Pero una sociedad libre que recobre su patrimonio colectivo, tendrá que buscar en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos una nueva organización apropiada a la nueva fase económica de la historia.

A cada fase económica responde una fase política, será imposible eliminar la propiedad sin encontrar al mismo tiempo un nuevo modo de vida política.